

EL ARTE DE LA CUESCOMANCIA

A tenor de las *Crónicas de Palacio y alrededores*, redactadas hacia 1589 por el indiano Mamerto de Silva Esparza, era hecho conocido y notable que el rey Felipe II usaba de los servicios de Fray Filibundo de Locubín, versado y afamado cuescomante.

Las artes del citado dominico consistían básicamente en adivinar el porvenir del interesado basándose en los efluvios, emanaciones y sonoridades de las flatulencias reales.

Pues bien -siempre según las crónicas del tal Mamerto de Silva- a resultas de una de aquellas sesiones de cuescomancia con Su Majestad, el frailecico aconsejó al Habsburgo que hiciera cuanto estuviera en su mano para acrecentar su flota naval e invadir los predios de la rubia Albión. La susodicha rubia andábase personificada en la pelirrojez de Isabel II de Inglaterra, toda una elementa. Y fue así como, gracias a la cuescomancia, el rey de las Españas y parte del extranjero, mandó sus naves a luchar contra aquella elementa y se encontraron con otros elementos. ¡Y menudos elementos, voto a bríos, menudos elementos!